

DAVID LYON: *Jesús en Disneylandia. La religión en la postmodernidad*, Cátedra, Madrid, 2002. 232 páginas.

El escenario es una ciudad de California, Anaheim, hogar de Disneylandia, en donde se desarrolla un multitudinario festival religioso que concentra a distintos artistas cristianos y a un predicador evangelista. La factoría Disney, que ya ha incorporado en los últimos años a gays y lesbianas en los valores familiares estadounidenses, lo hace ahora con la religión. Este evento es el que sirve de pretexto a DAVID LYON para elaborar una sugestiva reflexión sociológica acerca de las relaciones entre sociedad y religión en la cultura postmoderna. Autor que mantiene unas declaradas distancias con respecto al postmodernismo, LYON busca escudriñar la lógica explicativa del florecimiento de un abigarrado abanico de religiosidades cotidianas que se desmarcarían de la tradicional concepción que le habíamos atribuido a lo religioso. Religiones, para decirlo en los términos por él utilizados, “desregularizadas” y “postinstitucionales” (p. 41).

La cultura postmoderna, ya radiografiada en una obra anterior traducida al español¹, nos revelaría la efervescencia de un elemento de la vida social que habíamos creído zanjado a raíz de la modernidad: lo religioso. Merece la pena, y ésta es la virtud fundamental de la obra de LYON, repensar nuevamente en qué ha consistido realmente el proceso de secularización occidental y cuáles han sido los efectos culturales derivados de éste. El desafío impuesto por la modernidad a la religión,

con la consiguiente entronización de la razón, no ha conseguido, a su juicio, desterrar finalmente a aquélla del espectro de la vida cultural. Así, Lyon va a afrontar con valentía el reto de volver a reconsiderar el análisis sociológico de la religión una vez consolidadas las perspectivas teóricas que, en sus distintas modalidades, habían sospechado de lo religioso al identificarlo a lo *ideológico* (marxismo) o a lo *sublimatorio* (psicoanálisis). Lo hace, además, en un momento histórico, el actual, especialmente sugerente para ello, en el que estaríamos siendo afectados por el despliegue pleno de la modernidad. No en vano la literatura sociológica de los últimos años (GIDDENS, LUHMANN, BARMAN) se ha encaminado a diagnosticar las consecuencias culturales, y también las patologías psico-sociales, resultantes de este despliegue.

Pero es necesario, como hace Lyon, dar un paso más: ¿Qué sucede después de que el desierto de sentido haya colonizado plenamente la experiencia social? ¿Cuál es el capítulo siguiente a la absoluta desmagización y desencantamiento del mundo que MAX WEBER profetizara como destino definitivo de Occidente? Para expresarlo en sus propias palabras, “si la modernidad desafía a la religión ¿Qué sucede cuando la propia modernidad es desafiada?” (p. 30). Pues bien, LYON es tajante: “La secularización como metanarración ha muerto” (p. 204). Las teorías de la secularización, afirma LYON, fueron

¹ D. LYON, *Postmodernidad*, Alianza, Madrid, 1996.

productos de las sociologías europeas confiadamente racionalistas de mediados del siglo XX. Volvieron a diversos temas decisivos de la sociología clásica, buscaron confirmación en tipos particulares de evidencia y dieron por supuesto un progreso lineal general hacia un mundo secularizado. Hoy las dificultades de esta visión se han multiplicado (p. 44). Es una tarea sociológica necesaria, pues, volver a reinterpretar nuevamente el proceso de secularización instaurado por la modernidad. Quizás, y este es uno de los aciertos de Lyon, al identificar unívocamente a la religión con unos falsos dogmas y una idolatría que era urgente superar históricamente, hemos, al mismo tiempo y sin percatarnos de ello, también despojado a la experiencia humana de una oferta de sentido, lo que ha propiciado una búsqueda de sentido en nuevos espacios ahora profanos.

Al concebir a la religión como un irremediable “recurso cultural” (p. 60), LYON nos permite reconsiderar la naturaleza esencial del fenómeno religioso, al mismo tiempo que nos ayuda a extender y amplificar el dominio de la religión a paisajes o figuraciones profanas. Por eso, a su juicio, el análisis sociológico de la religión debería fijarse más en las prácticas vivas que suceden fuera del marco de las instituciones religiosas oficiales que en la participación concreta en cultos religiosos propiamente oficiales. Ya DURKHEIM, obsesionado al final de su itinerario intelectual por la dimensión religiosa de la vida social, nos había advertido que cualquier cosa podría llegar a ser sagrada. En esta línea, Lyon, desligándose tanto de prejuicios progresistas como de un espíritu confesional, aborda la interpretación de una *sui*

generis religiosidad actual que llegaría a acomodarse a diferentes modulaciones culturales y que se metamorfosearía bajo nuevos rostros. Desde esta mirada sociológica, es posible encontrar lo religioso incluso en la moda o en un desaforado consumismo; basta con reconocer que lo religioso, con independencia de su adscripción institucional, es aquello que abastece de una demanda de sentido y que propicia la solidificación de lazos de agregación social. De este modo, recientes expresiones de la cultura actual, tales como la publicidad o la misma moda, estarían contribuyendo a forjar unas nacientes formas de identidad social en otro tiempo impulsadas desde otro tipo de instancias sociales.

Así, la postmodernidad nos estaría mostrando, paradójicamente, el rebrote de una religiosidad que, lejos de evaporarse como pronosticara el racionalismo ilustrado, discurriría por cauces ajenos al contexto de la religión tradicional, configurando un verdadero reencantamiento de la existencia. Ese recurrente elemento religioso consigue ensamblarse incluso, en una perfecta amalgama simbiótica, con los desarrollos tecnológicos, publicitarios o comunicacionales más recientes; cohabitar y, en definitiva, operar en el seno de éstos. Hay, pues, una urgente redefinición de lo sagrado en la cultura postmoderna que exige una interrogación filosófico-sociológica, aun cuando éste adopte una fisonomía fragmentaria, versátil, fluctuante y, todo hay que decirlo, condenada a la inconsistencia.

En suma, por una parte la obra de LYON trata de hacer justicia a un fenómeno, el religioso, del cual la racionalidad moderna no llegó a descifrar toda su complejidad y

significación. Por otra parte, nos despierta una seductora inquietud sociológica y también un irrefrenable desafío intelectual orientado a elucidar cómo es posible que un elemento arcaico logre pervivir y actuar

bajo formas nuevas en una cultura en donde la modernidad parece haber alcanzado su culminación.

ÁNGEL ENRIQUE CARRETERO